

CRIMEN NÚMERO 5

El crimen o el suicidio poco dicen,
puesto que idénticos fines consiguen:
lentas descomposiciones de cuerpos orgánicos.
La vida enflaquecida auyenta el arte
del amor. ¡Ay, qué dolor, qué dolor y qué pena!

Según dijeron llegó de un pueblo muy cercano a Córdoba.
Setenta años de vida. Poco faltaba para el final feliz.
Sin seguro de paro, la ciudad rechazó una vida inútil,
como otra cualquiera.
¡Soledad de desahucio! Puente gris de ferrocarril.
Ahora. Ahora puede verse el cuerpo lanzado estrellarse en las vías.
El crimen comunitario no tiene antecedentes.
La condena es suave. Por el amor de los demás
lucharon unos, otros recogieron al azar los rescoldos
de una utópica sociedad. Pero la muerte invade
el desespero de la miseria. Por ejemplo, aquel hombre,
cuya inútil vida sólo significaba perder hasta el dolor,
mas no la vida.

SÓCRATES, CONDENADO

Tembló la mano cuando escribiera el nombre,
firmó de prisa y rubricó. Era el que hacía
sesenta y ocho. El juez descansó al fin.
En su cartera, un cheque al portador por sus desvelos.
Justificose por aquello de que las órdenes y el orden
nunca se contradicen.

Fue cuando Sócrates se levantó y dijo:
“Pues si verdaderamente me dedico a corromper a los jóvenes
y anteriormente he hecho otro tanto,
forzosamente alguno, de entre ellos, al madurar,
habría reconocido que de mí recibieron malos consejos
y hoy se presentaría aquí para acusarme y hacerme castigar”.

Pero nadie atendió al filósofo:
“La hora es llegada de marcharnos: yo, a morir;
vosotros, a continuar vuestra vida.
De vuestra suerte y la mía ¿cuál es la mejor?
Nadie, a no ser la divinidad, lo sabe”.

JOAQUIM MARCO